

con motivo del séptimo centenario del fallecimiento del Doctor Sutil, Juan Duns Escoto.

Los volúmenes contienen treinta y cuatro colaboraciones de distintos autores, distribuidas en cuatro áreas temáticas: «Studi introduttivi» (son diez estudios que se plantean prolegómenos a la síntesis escotista); «Temi filosofici» (siete estudios dedicados propiamente a la filosofía de Duns); «Temi teologici» (siete contribuciones de Escoto a cuestiones teológicas); e «Influssi e raffronti con gli autori posteriori» (diez trabajos sobre el influjo de Juan Duns en autores posteriores de todas las épocas). La obra lleva algunas ilustraciones fotográficas: tres de ellas reproducen sendas instantáneas de la visita del papa Juan Pablo II a la Comisión Escotista, en enero de 1982; una cuarta ofrece el grupo de los miembros de la citada Comisión en 1966, entre los cuales se halla el P. Saco, entonces muy joven.

Es difícil destacar algunos trabajos, cuando el editor ha cuidado especialmente la calidad de las contribuciones. Hay un estudio que se refiere a la historia de la Comisión Escotista (Saturnino Ruiz de Loizaga) y otro al influjo del escotismo en la sociedad de la información de nuestros días (Martín Carbajo Núñez), que tienen interés para medir el impacto (como ahora se dice) de las actividades de la citada Comisión y la persistencia del influjo del escotismo en nuestro entorno cultural. Hay otros ensayos sobre la penetración del escotismo en la propia fraternidad franciscana, por indicar de una forma genérica las distintas familias que beben de ese mismo espíritu (Priamo Etsi, Barnaba Hechich, Pietro Messa). Un trabajo curioso, por su temática, es el firmado por Herbert Schneider, sobre las oraciones (es decir, las plegarias al Altísimo) dispersas a lo largo del corpus scoticum. No falta el brillante intento de retomar (críticamente) el análisis heideggeriano de Escoto (en realidad, Heidegger estudió un opúsculo de Tomás Erfurt, discípulo de Duns, en su tesis de habilitación, publicada en 1916) y de meditar sobre Escoto en el contexto alemán de la primera mitad del

siglo xx (Franz Lackner). Hay también un artículo que analiza el tema siempre difícil del ente como lo primero conocido, que se asienta en el arranque de la ontología escotista (Josep-Ignasi Saranyana). Con todo, los temas más útiles para los medievalistas serán, quizá, los que se incluyen en las secciones tercera y cuarta, dedicadas, como ya se dijo, a la filosofía y a la teología. Aquí hallamos contribuciones sobre materias clásicas del imaginario escotista, como la noción de «categoría» o predicamento, es decir, si hay una noción unívoca de categoría según Escoto (Olivier Boulnois); las grandes cuestiones cristológicas (Alessandro Ghisalberti y Richard Cross); o una lectura «paraconsistente» de Duns, es decir, el intento de descubrir una lógica escotista que parece superar la barrera del principio de [no]contradicción (a cargo de Luca Parisoli). En la herencia doctrinal de Escoto, se nos habla de todo tipo de influjos (también sobre Fichte y sobre Teilhard de Chardin).

En todo caso, esta obra, que se ha publicado en 2007, pero con fecha de 2008, constituye un excelente pórtico del año jubilar de Duns Escoto, en el centenario de su muerte, que va a ser debidamente conmemorado.

E. Reinhardt

**José Egido Serrano**, *Tomás de Aquino a la luz de su tiempo*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2006, 600 pp.

Nos encontramos ante un estudio lúcido, penetrante y atento a la verdad de la persona de Tomás de Aquino que nada o poco tiene que ver con las muchas biografías que sobre aquel genial pensador cristiano del siglo xiii se han escrito.

El propósito del autor no es exponer la doctrina de Tomás de Aquino, presentar sus teorías cosmológicas, antropológicas, morales, físicas, filosóficas y teológicas aunque a veces se asoma a ellas. No es un interés doctrinal, sino humano, biográfico el que guía este libro. Es el talante, el carácter, la personalidad de To-

más de Aquino lo que le interesa. José Egido quiere comprender y ayudar a comprender al hombre Tomás, al intelectual Tomás. Acceder al teólogo más extraordinario, sin duda, de la Edad Media y al pensador más influyente en la historia de la civilización cristiana. Penetrar en una vida profunda, reflexiva y creadora para repensar y discutir su obra; para averiguar su aportación y poder utilizarla con provecho, con prudencia e inteligencia en nuestros días. Conocer a Tomás de Aquino y conocerlo en su tiempo, en el contexto problemático y complejo que le tocó vivir; reconstruir, por tanto el ambiente espiritual, social, económico y político del siglo XIII, un mundo que indiscutiblemente ha condicionado la historia posterior.

No es, pues, un sistema preñado de soluciones e ideas que lograron conmocionar a una época e inquietar o entusiasmar a sus contemporáneos lo que vamos a leer en estas páginas. No vamos a encontrar un sistema filosófico-teológico que influyó, iluminó y determinó el curso del pensamiento, los problemas de hombres y mujeres, su vidas y maneras de instalarse en la realidad, siempre movediza e inestable, conflictiva, fugaz y contradictoria, terrible para muchos, sobre todo en plena Edad Media, una época marcada por el enfrentamiento continuo entre poderes: Papa y Emperador, Iglesia e Imperio. Una época teñida de sangre. Es la persona de Tomás de Aquino, su vida, lo que interesa. Rescatar a este hombre tan lejano a nosotros e imaginar su mundo, descubrir su persona y estrategia intelectual para poder utilizarla ahora en nuestra sociedad, tan diferente a la suya, tan inmadura como la suya, es el propósito del autor de este libro, un libro riguroso, denso, bien documentado. Un libro dividido en diez capítulos que recorren la vida y momentos del biografiado desde su más tierna infancia hasta su muerte. Diez capítulos precedidos de una introducción en la que, además de exponer su intención, el autor comenta algunos episodios de la vida y del carácter de Tomás de Aquino.

Sobre algunos asuntos, como la fecha de nacimiento de Tomás, no hay acuerdos univer-

sales. Egido lo advierte desde el principio. Sin embargo, subraya que sí se conocen los acontecimientos principales de su vida. Los biógrafos de Tomás difieren en cuestiones de detalle sobre precisión de fechas o de localización. En el siglo XIII no había un registro parroquial, ni mucho menos civil. Pero gracias a la meticulosidad y tesón de los innumerables investigadores de la vida y la obra de Tomás podemos conocer con precisión su trayectoria intelectual y vital sin miedo a faltar a la verdad. Si a lo biográfico combinamos lo histórico-contextual, conocido por las investigaciones más solventes de los historiadores estudiosos de la Edad Media, podemos tener, en su opinión, la seguridad de aproximarnos de manera suficiente y razonable a la vida del gran pensador cristiano, aunque no de manera infalible e indiscutible.

José Egido adopta en las primeras páginas una postura crítica con el uso ideológico e interesado que de la obra y legado de Tomás han hecho instancias eclesiásticas y políticas conservadoras y reaccionarias. El tomismo, o lo que se ha denominado demasiado abstractamente tomismo, oculta a la persona, su vida, su modo de ser, sus motivaciones e intereses vitales. Ignora por completo sus alegrías y sus tristezas, sus ilusiones, sus desencantos y esperanzas. Mata. Su obra es contemplada como un objeto intemporal, como un conjunto de verdades inmutables sin ninguna vinculación histórica; como un catecismo o recetario de fórmulas mágicas que se repiten sin pensar y, por consiguiente, pierden todo sentido.

Enemigo de la pereza mental y de la petrificación del pensamiento, consciente de que ello acaba convirtiendo la filosofía en pura escolástica y al filósofo en mera caricatura, José Egido invita al lector en su magnífico libro a pensar, a acompañar a Tomás en su vida repleta de sinsabores aunque también de momentos gloriosos, a vibrar con él y conocerlo por dentro, a vivificar sus ideas y situarlas en su momento. A sentir a este hombre cerca, a aprender de él, a osar cogerle prestada algo de su fuerza.

Egido relata página tras página todos los acontecimientos, escenarios y situaciones que marcaron y condicionaron la vida de Tomás de Aquino con una precisión admirable y con todo lujo de detalles. También se detiene y penetra en aquellas vidas relevantes para él, como la de Alberto Magno, esa especie de hermano mayor espiritual, ese referente personal, clarificador y estimulante que tuvo su biografiado. Con ello ayuda al lector a conocer y comprender el universo emocional e intelectual de Tomás, a acceder a su persona, al hombre, que es lo que se propone. Es mucho lo que aprendemos pero, como es obvio, no todo. Sabemos, por ejemplo, por qué Tomás empezó a escribir, pero no por qué dejó de escribir. Logró expresar por escrito la verdad apresada durante casi cincuenta años de vida, pero no quiso o pudo terminar su obra. ¿Habría dedicado su vida a algo imposible? ¿Habría tenido éxito su empeño, tan erizado de dificultades siempre? ¿Le importaba al mundo lo que había hecho? ¿Tenía sentido su esfuerzo? ¿Qué podía aportar Tomás ante lo que pronto iba a ser una avalancha de cultura nueva, secularizada y humanista?

A Tomás se le acabaron las fuerzas o la voluntad. Nada ni nadie consiguió que siguiera escribiendo. ¿Agotamiento físico o mental? Tal vez, en opinión de José Egido, Tomás lloró con desconsuelo, dudando del sentido de todo aquello a lo que había dedicado su vida. Tal vez estaba equivocado y no había marcha atrás. Tal vez se sentía exhausto y sin motivación, quizás enfermo. Tomás emprendió en 1274 un viaje a Lyon, un viaje que nunca llegaría a su fin. Nadie conoce la verdadera causa de su muerte. Algunos lo lloraron. Otros no. Tras unos decenios, y a partir de su canonización, Tomás podía ser invocado en la tierra y en el cielo como Santo Tomás. Las discrepancias y descalificaciones se acallaron casi por completo, de modo inmediato. ¿Cuántos seres humanos, hombres y mujeres, realmente extraordinarios yacen sepultados en el silencio común y ordinario de la historia porque no tuvieron detrás de ellos una organización que los reivindicara o porque su reivindicación no fue considerada oportuna

por los detentores del poder? Es una reflexión del autor de este espléndido libro a su término, una obra de gozosa lectura en la que José Egido consigue, sobradamente, su objetivo.

I. Maiza

**Brian Edwin FERME**, *Introducción a la Historia de las fuentes del Derecho canónico. El Derecho Antiguo hasta el Decretum de Graciano*, Editorial de la Universidad Católica Argentina, traducido por Nelson Carlos Della-ferrera, Buenos Aires 2006, 236 pp.

El libro tiene un destinatario concreto, según expone el propio autor: el estudiante de la titulación de Derecho canónico. Se trata, en consecuencia, de un manual de estudio de una parte de la asignatura de Historia de las fuentes del Derecho Canónico. Como el subtítulo de la obra indica, su contenido se limita al Derecho anterior a la Concordia discordantium canonum del Maestro Graciano. Ello hace prever, y desear, una segunda publicación que complete todo el programa de la asignatura. Pese a todo, y como afirma el autor, este manual es deudor del texto clásico elaborado por el Cardenal A. M. Stickler, de tal manera que «este libro por consiguiente debe leerse teniendo en cuenta el suyo» (p. 24). A esta circunstancia responde, de manera muy elogiosa, el propio Card. Stickler en la presentación del libro.

Su finalidad eminentemente docente explica el método seguido en la configuración y exposición de los capítulos, el lenguaje utilizado y la selección obrada entre los diferentes textos canónicos. En concreto, el autor se centra fundamentalmente en las fuentes de la Iglesia latina, lo que ha implicado necesariamente escasas referencias a las colecciones orientales. Para su exposición, según confiesa Ferme, ha optado «por una aproximación esquemática, que a veces podrá no facilitar la lectura. Sin embargo, no he vislumbrado otro método posible que éste, que ofrece un rápido marco de referencia al laberinto de colecciones a estudiar» (pp. 23-24).